

CAPÍTULO III

CONTEXTO HISTÓRICO DE LAS CIUDADES MEDIAS PETROLERAS

Para el desarrollo de capítulo, se iniciará con el concepto que Lomnitz-Adler (1992:28) denominó como *Cultura Íntima*. Se trata de las manifestaciones reales y regionalmente diferenciadas de la cultura de clase. Esto implica un lugar específico dentro de una región cultural y en contraste con la etnicidad, está determinada por la clase y no siempre es sinónimo de la existencia de un grupo unido. Para complementar su análisis, el autor agrega que la *Cultura de las Relaciones Sociales* no es más que las formas en que interactúan las culturas íntimas (Lomnitz-Adler 1992:29). Se trata del campo simbólico dentro del cuál las relaciones de poder entre las culturas íntimas se establecen objetivamente y se vale también de la mitificación del otro para hacer que la interacción beneficie a los intereses de determinada cultura íntima. Lomnitz señala que existe una tendencia de que la cultura de las relaciones sociales favorezca el punto de vista de la clase dominante regional.

El poder simbólico para imponer los principios de construcción de la realidad, en particular la realidad social, es una dimensión principal del poder político entre grupos que conviven cotidianamente. Es por esto que se considera pertinente mencionar cómo Pierre Bourdieu (1994) plantea una especie de alquimia social, cuando se refiere a la transformación del precio del trabajo de las personas en un regalo no solicitado. El capital simbólico es por excelencia un medio de dominación y de distinción, como lo es de resistencia. En otras palabras y como él mismo menciona, surge una especie de economía de la buena fe, como un requisito del poder de los grupos dominantes. Esto es parte de lo que el autor define como capital simbólico, que involucra la elaboración de deudas o regalos o favores que se espera se devuelvan, dentro de relaciones de desigualdad. Esta

alquimia de la que aquí se habla se vale del capital simbólico para crear capital económico o viceversa y se puede observar en las relaciones entre el sindicato petrolero y sus trabajadores afiliados.

Por tal motivo, es vital el planteamiento que realiza acerca de que los estudios sociales deben seguirle la huella al poder que silencia voces en las narrativas históricas. Ese es precisamente el caso de los obreros de Petróleos Mexicanos y de los campesinos expropiados por la paraestatal en las regiones petroleras mexicanas. El sindicato de trabajadores petroleros, pretende expresar las voces de la minoría pero en realidad maneja a su antojo los beneficios que la empresa da a los trabajadores, con la promesa de luchar por mejores regalías. A cambio, exigen la lealtad en la participación política y las cuotas de los obreros transitorios que viven esperanzados con obtener algunas de las plazas definitivas que ofrece Pemex, pero que el sindicato se ha encargado de vender, traspasar o heredar.

Ir a Trabajar al Quinto Infierno: Ciudades Medias Petroleras

El desarrollo de energéticos derivados del petróleo reorganizó la cultura de las relaciones sociales y el panorama del poder simbólico en la región Sureste de México. Este proceso se presentó durante la década de los sesenta y principios de los setenta cuando Petróleos Mexicanos comenzó a expandirse a todo el país. Ya a partir de 1938, cuando México nacionalizó los campos petroleros que estaban en manos compañías extranjeras, el país desarrolló la industria petrolera para satisfacer las necesidades internas del país (Collier y Lowery 1994:91). Después de la consolidación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) que conmocionó a la economía mundial gracias al alza de los precios del crudo en 1972, el estado mexicano tomó la decisión de exportarlo y

comenzó a extender su producción.

Después de que el programa de exploración descubriera grandes reservas a lo largo de la costa tabasqueña del golfo, al gobierno le pareció fácil pedir préstamos internacionales inyectados por petrodólares. Se utilizaron esos fondos para acrecentar la producción petrolera y para financiar ambiciosos proyectos de desarrollo. Durante ese lapso de mayores ganancias, la agricultura mexicana declinó mientras el país experimentaba los síntomas de lo que se ha denominado como la enfermedad holandesa (Collier y Lowery 1994:92). Esto quiere decir que mientras las exportaciones petroleras alcanzaban sus niveles más altos, otros sectores de la economía eran minados.

Muchos países sufrieron este fenómeno de grandes atrasos y pérdidas en los sectores manufactureros, agrícolas y otros tantos que se destinaban a la exportación. Al parecer, el repunte petrolero tendió a sobrevalorar la moneda de los países exportadores y causó que la mano de obra optara por cambiar su ocupación hacia la producción petrolera o sectores como el de servicios, comercio o construcción.

La explosión de ganancias petroleras en México llegó a su fin en 1982 cuando los precios del petróleo declinaron y el país se vio imposibilitado para pagar la inmensa deuda externa que el gobierno había adquirido (Collier y Lowery 1994:94). El gobierno recortó los subsidios para la producción agrícola y surgió de nuevo el debate de la política acerca de los campesinos. Es importante enfatizar que estos efectos del síndrome petrolero no afectaron a todas las áreas por igual, más bien se dieron en regiones específicas. Mientras que declinó la producción del maíz en general, algunos tipos de producción agraria resistieron y hasta se vieron beneficiados en cierta medida. Cerca de los campos petroleros en Tabasco, donde los campesinos podían combinar el trabajo asalariado con la agricultura a menor escala, la producción del cacao resultó lucrativa (Collier y Lowery 1994:101). Uno

de los factores que favorecieron a estos productores de cacao fue una organización comercial cooperativa que les permitió saltarse a los intermediarios y obtener mejores precios por sus productos.

Muchos observadores internacionales pensaron que México intentaría entrar en la OPEP en cuanto sus exportaciones alcanzaran un nivel lo suficientemente alto. El presidente Echeverría había vivido el liderazgo de la nación ante otros países del tercer mundo y quizá un lugar en este cártel hubiera afianzado su meta (Grayson 1980:144). Pero la membresía también hubiera enfatizado la independencia mexicana ante los Estados Unidos en sus relaciones internacionales. Pemex rechazó la idea de la afiliación. Al no ser miembro de la OPEP, México podría obtener precios más altos en el mercado internacional que muchos miembros debido a los bajos costos de transportación hacia los Estados Unidos. Es entonces cuando Pemex comienza una gran campaña laboral en donde se incitaba a los trabajadores ya capacitados, a ir a trabajar al Sureste mexicano donde se encontraban yacimientos por explorar.

A la mayoría de los trabajadores petroleros no les agradó la idea de dejar sus hogares ya establecidos (Toledo 1980). La sola idea de ir a trabajar a estados como Tabasco y Chiapas les hacía pensar que se enfermarían y sufrirían los estragos del clima caluroso, pero sobre todo, tenían que volver a empezar su comunidad de estatus petrolero. El poder de convocatoria que tiene el sindicato petrolero para guiar los intereses de sus afiliados ha sido utilizado para apoyar diversas campañas políticas a través del tiempo.

De hecho, cuando se comenzó la presente investigación, una de las primeras noticias televisivas que llamó la atención fue aquella en la que Francisco Labastida Ochoa advierte que “Pemex no se negocia ni se vende”, haciendo alusión a las declaraciones de Vicente Fox Quesada en las que sugiere que ciertas ramas de Pemex deberían privatizarse. Viajó a

Salamanca para reunirse con petroleros de las secciones 15 y 24, en un evento al que asistió Rafael Corrales, gobernador anterior de Guanajuato. Los petroleros reiteraron que no aceptarían que el petróleo fuese entregado al extranjero ni a los traidores a la patria y tampoco permitirían que, una vez más, el chantaje y la presión sustituyera la libre elección de los gobernantes en las urnas.

Este tipo de campaña política se dio también en las regiones petroleras por excelencia. Para aterrizar el caso de las ciudades medias petroleras en México, la región que se toma en cuenta para el análisis incluye el Sur de Veracruz y Tabasco por ser las áreas de mayor actividad económica y política en lo que refiere a la extracción de petróleo. El concepto de cultura del petróleo que aquí se aplicará se toma de Toledo (1980). Menciona que esta última es un patrón de vida con estructura y recursos de defensa propios. Abarca modalidades y efectos sociales y psicológicos que deterioran las culturas que denomina como criollas y que se expresan en actividades, invenciones e instrumentos, equipo material y factores no materiales como son el lenguaje y el arte. Menciona que además se configuran rasgos bien marcados que se originan en el contexto de la explotación del petrolero.

La cultura del petróleo comprende segmentos tecnológicos y sociales ajustados unos a otros, y descansa como un todo sobre la realización de actividades marcadas por un modo de producción. El autor menciona que la del petróleo, es una “cultura de conquista” y crea una filosofía de la vida para adecuar la población conquistada a la condición de fuente productora de materias primas (Toledo 1980). Aquellos que la difunden laboran de manera planificada para hacer de los petroleros personas dispuestas a ceder frente a la penetración de las compañías. Menciona que los sistemas de poder le comunican fuerza y estabilidad a esta cultura. El estado funciona como instrumento de alienación en cuanto es producto de la

cultura de conquista.

Muchos caricaturistas en México durante el *boom* petrolero, encontraron un tema irresistible para su trabajo (Grayson 1980:103). Algunos dibujaban al petróleo como un ángel guardián que venía a salvar a la nación, otros lo mostraban como una nueva Virgen de Guadalupe y lo representaban también dentro de un papel de redención; finalmente se plasmó como el oro negro saliendo del cuerno de la abundancia, que era México. Los frutos de ese cuerno eran disfrutados por los petroleros. En zonas como Las Choapas Veracruz, la mayor aspiración de los jóvenes era llegar a ser técnicos o ingenieros de Pemex, vivir en alguna de las colonias creadas por la paraestatal y heredar la plaza a sus hijos. Aquellos que no conseguían dicho sueño, tachaban a los petroleros de ser gente prepotente, viciosa y arrogante.

En este apartado se propone que la cultura petrolera sea vista a partir de la relación de Pemex con el sindicato de trabajadores petroleros, y este a su vez en relación con sus afiliados. Los trabajadores petroleros mexicanos han constituido una organización sindical que se diferencia de los trabajadores de confianza de Pemex. Esta agrupación aglutina a todos los trabajadores del petróleo existentes en los diferentes centros de trabajo y que se dividen en secciones, delegaciones y subdelegaciones. Existen por lo menos dos hechos que sintetizan el carácter nacional de la estructura del STPRM (Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana), que son la localización geográfica dispersa de los recursos energéticos petroleros y la integración de esta industria en sus distintas etapas productivas y comerciales, desde la exploración hasta la refinación y la petroquímica básica. La estructura organizativa y la dinámica del funcionamiento de las distintas instancias de dirección del sindicato se sustentan en tres modalidades de aglutinamiento de los trabajadores que son: la regional, la jurídico-

administrativa y la socio-ocupacional (Wionczeck 1987:355-356). Desde el punto de vista regional, la industria de los hidrocarburos ha estado administrada bajo la influencia de tres zonas geográficas que son la Norte, la centro y la Sur y cada una de estas zonas es regida por la sección de mayor importancia, tanto numérica, como histórica y política. Cada una de estas secciones es la que concentra los asuntos del sindicato relacionados con la contratación y movilización del personal, entre otras.

Por otra parte, la organización político-administrativa del STPRM está formada por dos niveles de gobierno: el Comité Ejecutivo General y el Comité Ejecutivo Local. Estos tienen grandes cuerpos administrativos con estructuras propias según sus ámbitos de influencia tanto nacional como seccional (Wionczek 1987:356). De acuerdo con la división socio-ocupacional, los petroleros se agrupan en dos grandes categorías que son los trabajadores de confianza y los sindicalizados. Dentro de estos últimos se agrupa al conjunto principal dominante de otra relación: los trabajadores de planta, y en el extremo opuesto los trabajadores transitorios.

Esta población trabajadora está distribuida en distintas áreas ocupacionales que van desde las actividades de construcción (los trabajadores transitorios contratados por proyectos), operación y mantenimiento, hasta el personal de ventas que incluye transporte y distribución (excepto los trabajadores de la gasolinera) y de administración de los cuáles se exceptúa el personal de confianza. El sindicato divide a sus miembros en diversas categorías de socios y distingue a quienes están activos en la industria de aquellos trabajadores que mantienen una relación laboral temporal con la empresa y el sindicato. Estos son los casos de los reajustados, los comisionados, los jubilados y los trabajadores supernumerarios. Dentro de estas categorías de no socios se encuentran todos aquellos transitorios que laboran en la industria petrolera, quienes por estar desprovistos de una contratación colectiva que los vincule indefinidamente con la industria, están al margen de los beneficios que otorga la categoría de trabajadores de planta,

por lo que su movilidad social es casi nula.

El alto poder de negociación del STPRM provenía del control casi absoluto que poseía sobre la contratación obrera. Esta capacidad ha ido paralela a la existencia de determinadas cláusulas por medio de las cuáles el sindicato llegaba a dominar ciertas áreas productivas de la empresa y a establecer relaciones económicas con Pemex, con las compañías contratistas y con algunos estratos obreros, especialmente, los transitorios.

Las relaciones entre Pemex y el sindicato comenzaron a tensarse desde 1984 cuando el Estado le suprimió al STPRM los derechos que tenía para contratar casi la totalidad de obras que Pemex se disputaba con empresas privadas. En 1985 Pemex impulsó la creación de una flota petrolera distinta de la que había creado el sindicato lo que le generó al sindicato una pérdida de ingresos considerable. En 1986 aparece un conflicto muy particular al interior del sindicato que hacía referencia a tres aspectos fundamentales: los empleados de confianza, el problema de mantenimiento y el problema de las embarcaciones. Posteriormente, en 1988 se arresta al líder del sindicato Joaquín Hernández Galicia mejor conocido como La Quina.

En 1991 se cierra la refinería de Atzacapotzalco y en 1992 se sufren los estragos de los despidos masivos de Petróleos Mexicanos, porque la empresa se encontraba trabajando con números rojos debido a la intervención del sindicato con los contratos laborales. Ahora bien, los trabajadores petroleros comenzaron a crear una comunidad de estatus propia en el Sureste mexicano aprovechando los beneficios que les brindaba la empresa y el sindicato.

La zona de yacimientos petrolíferos del Sur de Veracruz, Tabasco y Campeche no se concebía igual antes del auge petrolero. Era considerada por muchos trabajadores migratorios de las antiguas chicleras de la región, como un lugar de castigo por su aislamiento e insalubridad, se decía que era como ir a trabajar al quinto infierno. Hasta la década de los cincuenta, permanece en la zona tan solo un reducido mercado interno. La

única producción exportable a gran escala era el plátano y en aquella época estaba controlada por compañías norteamericanas (Thompson 1981:22-23). Sin embargo, los años sesenta marcan el inicio de una etapa ininterrumpida de desarrollo de la ganadería ante el agotamiento del ciclo expansivo de la copra y el cacao. En los setenta, cambia la visión que sobre la zona se tenía gracias a que la política económica internacional presionó a México para que explotara a gran escala las reservas de crudo. Se vivió una bonanza económica y ahora la zona marginal se convertía en la tierra prometida; tanto de personas que venían de otros estados de la república para emplearse en las plataformas petroleras como para las mismas localidades de los tres estados mencionados.

Los petroleros de la zona, gracias al apoyo del sindicato, son considerados como personas intimidantes por parte de los que laboran en los sectores agrícolas y comerciales. Hasta los ochenta, los obreros de Pemex contaban con salarios superiores a los del resto de los sectores. Percibían mejores ingresos que aquellos de los obreros manufactureros. Incluso para los trabajadores transitorios resultaba ventajoso trabajar para la paraestatal. El consumo cotidiano de los obreros reflejaba la bonanza que se vivió en el país durante el auge del petróleo. Según la investigación de Margarita Estrada (1995:125) los ingresos de los petroleros significaban mejores alimentos, vestido y actividades recreativas que los de otros sectores. Tenían acceso a tarjetas de crédito que contribuían a orientar el consumo hacia determinados establecimientos y productos, a los que los obreros manufactureros no tenían acceso.

Al masificar su producción, la industria logró que grandes sectores de la población tuvieran acceso a los bienes que fabricaba, pero la heterogeneidad de sus establecimientos fue un elemento que impidió que todos los trabajadores del sector manufacturero ampliaran sus posibilidades de consumo en la misma proporción (Estrada 1995:125). La importancia

del petróleo durante los años setenta y las características del sindicato petrolero contribuyeron a que los trabajadores de Pemex resultaran más beneficiados.

Los casos de dos ciudades medias, una en Tabasco y la otra en Veracruz, ejemplifican lo dicho en el párrafo anterior. Los datos provenientes del municipio de Macuspana y de la ciudad de Minatitlán arrojan lo siguiente. En 1960 en Macuspana, dos años después de la fundación de Ciudad Pemex, vivían en todo el municipio aproximadamente 53,000 habitantes (Hartwig 1980:107-108). En 1970 eran 74,000 y cinco años más tarde se contaban 86,000, cifra que corresponde a un aumento de un 62% en sólo 15 años.

La ciudad de Minatitlán en Veracruz tenía 34,000 habitantes en el año de 1960, en 1970 eran 69 mil personas, y seis años más tarde ya vivían en este centro industrial más de 80 mil habitantes. Esto representa un crecimiento de la población hasta del 136% durante el mismo lapso de 15 años. Los movimientos migratorios más significativos que se produjeron en la entidad tabasqueña fueron los de carácter municipal, y no los provenientes de otras entidades del país. Estos flujos migratorios que fundamentalmente se originaron en las rancherías, no son detectados por los censos de población, razón por la cual por ejemplo, el censo de 1980 no da cuenta de un fuerte crecimiento de la población en Tabasco (Lezama 1987:231).

La explotación del petróleo en Tabasco comenzó en los años cincuenta. A finales de la década el estado ya se había convertido en un importante productor de petróleo y gas natural. En 1973 se anunció el descubrimiento de importantes yacimientos de petróleo en la región Sureste del país y se inició un intenso proceso de explotación de los hidrocarburos de la zona, que se convertiría pronto en la principal región productora de México y que tenía su centro en ciudades como Macuspana.

Las características de la actividad petrolera, en cuanto a sus objetivos económicos regionales y las tendencias de la economía tabasqueña que desde años atrás mostraba síntomas de un deterioro de la producción agrícola, pusieron a la entidad tabasqueña en una encrucijada. La actividad petrolera misma no planteaba objetivos de desarrollo en otras ciudades del estado, y el avance de la ganadería extensiva se convirtió en el método de la ganancia fácil para esas otras ciudades relegadas por el petróleo y contribuyeron al proceso de deterioro del suelo tabasqueño (Lezama 1987:235).

Tanto el petróleo como la ganadería parecen influir en la reorientación de la economía estatal, y por otra parte, en las características que en los últimos años han asumido la migración y la distribución de la población. Los petroleros y los ganaderos formaron sus propias comunidades de estatus en las que se decía que eran los sectores más poderosos: los que podían darse el lujo de tener lujosas exposiciones en la feria anual estatal, considerada como la fiesta máxima de los tabasqueños.

Para 1979, la producción petrolera en Tabasco ascendió a 400 mil barriles de petróleo crudo y 20 mil millones de metros cúbicos de gas natural. El petróleo extraído de Tabasco representó para 1980 más de la mitad del total de las exportaciones del país. El dinamismo del sector petrolero también se manifestó en el intenso crecimiento registrado en el número de empleos. Así comienza a darse un cambio hacia la cultura regional petrolera de mayor consumo en donde surge la apropiación de los trabajadores petroleros de espacios sociales que pertenecían a viejas elites.

El contexto general en el que se insertan las actividades petroleras, sobre todo la intensidad que tomaron en los años setenta, es el de una entidad que muestra en el sector agropecuario una tendencia creciente en el predominio de la ganadería sobre las actividades agrícolas (Pradilla 1993). Este predominio, acompañado de las bajas tasas de crecimiento

demográfico en general y bajas tasas de crecimiento de la PEA agropecuaria, sugiere la posible asociación entre la expulsión de población y el avance de la ganadería. Por otro lado, en la mayor parte de los municipios petroleros, en el periodo más cercano al auge de lo setenta, la migración femenina municipal supera a la masculina.

En Tabasco, la creciente industria petrolera es la que fomenta indirectamente este proceso. Claro que el ensanche y mejoramiento de la red de carreteras hechas por Pemex facilita especialmente la inserción de una capa del post-campesinado al introducirlo en el mercado regional y nacional dominado por el capitalismo (Hartwig 1980:109). En correspondencia con esta meta de la producción capitalista, los campesinos acomodados en muchas regiones de Tabasco como también en Chiapas, han cambiado su producción de agricultura a la ganadería. En el año de 1975 la producción ganadera del municipio de Macuspana alcanzó la cifra de más de 200 millones de pesos, mientras que la agrícola ascendió a sólo 15 millones de pesos.

Un rasgo característico que merma al sector agropecuario en Tabasco en general es que los ejidatarios, también chontales, dan en arriendo grandes partes de sus tierras a los acomodados campesinos ganaderos o se ven en la necesidad de permitir tratos como aparceros para engordar ganado ajeno en sus propias parcelas dada la falta de créditos para reemplazar sus métodos atrasados de trabajo por la técnica moderna y el uso de fertilizantes.

Por las condiciones climáticas y vegetales favorables que hay en Tabasco, la ganadería privada se practica preferentemente en forma extensiva. Se dice que la ganadería extensiva en Tabasco puede manejarse con siete veces menos mano de obra que la agricultura. El sector agrario de la región, que produce carne para el mercado nacional y leche para el internacional, ya no es capaz de proveer con su propia producción sus necesidades de alimentos vegetales a la población regional, ni de dar una ocupación permanente a mucha mano de obra (Hartwig 1980:110).

En este caso concreto, el desarrollo de una industria moderna, pero preponderantemente concentrada en la extracción de las materias primas, logra una integración limitada de la mano de obra libre proveniente del sector agrario. Las plantas de Ciudad Pemex tenían hasta finales de los setenta un total de 2612 plazas para el personal de extracción, transformación, cuidado técnico y administración. Entre ellas 1,290 en la categoría de trabajadores transitorios. Dentro de esta última categoría uno de cada veinte trabajadores desempleados o subempleados, entre ellos unos 5,000 indígenas chontales, podían encontrar una ocupación temporal con contratos de 28 días.

Ahora bien, para la fundación de la primera refinería en Minatitlán, Veracruz en el año de 1905, se ocupó mano de obra lugareña de origen nahua que ganaba nueve pesos mexicanos por seis días de trabajo en el desmonte. Para la ampliación de la planta se tuvo que contratar mano de obra de otras regiones de la república, especialmente de Puebla y Jalisco, porque los campesinos lugareños, sobre todo los indígenas que vivían bajo condiciones de producción para la subsistencia, no tenían toda la mano de obra libre que necesitaba la creciente industria (Hartwig 1980:112). Aparte de esto, las condiciones de trabajo y de vida en aquél entonces, en la región tropical de la región istmeña veracruzana, con sus plagas de insectos, el peligro de víboras y la frecuencia del paludismo, la tuberculosis y la fiebre amarilla daban poco estímulo para la inmigración de trabajadores de otras regiones del país.

Sólo en los años del gran desempleo entre los obreros oaxaqueños del ferrocarril transístmico en 1914-1915 se produjo un cambio en la situación de mano de obra de la joven industria petrolera del Istmo, es así como surge el caso de la formación de una ciudad media en Salina Cruz, Oaxaca que será motivo de análisis en el capítulo siguiente.